

A close-up portrait of an elderly man with a grey beard and wrinkles on his forehead. He is wearing a dark jacket and a light-colored scarf. His hands are clasped in front of him. The background is a plain, light color.

TIEMPO DE MEMORIA

Leopoldo Pomés

# NO ERA PECADO

Experiencias de una mirada

TUSQUETS  
LIBROS

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Entremeses

La oscuridad, la luz y la carne

Soldados italianos

El frío de un tiro en la espalda

El rey del Poblenu

Dios lo ve

La elegancia de una bata sencilla atada a la cintura

Invocando el espíritu de mi madre

¡Qué cara!

«Propósito de enmienda»

Criadas

Medias negras y yogures

Mary Martin y el demonio

La aguja de la tía

Un helado por Semana Santa

Claveles rojos, zapatos de aguja

La copa de la casa  
El amor que llegó en ascensor  
Mes de mayo, mes de las flores, mes de María  
La azotea  
Huir de la luz  
Modest Urgell, una historia de amor  
Una foto entre viñedos  
Una «excursión» al cementerio  
Avenida de la Luz

Notas calurosas

Mi primer verano en Lloret de Mar (1947)  
Una aceituna indigesta  
Los Baños Ventura  
Las francesas  
La Puñalada  
El tío Alberto

Dau al Set

Modest Cuixart  
Antoni Tàpies  
Joan Ponç  
Atmósfera Joan Brossa: la magia tangible  
Lluís Maria Riera  
Josep Cercós

Primer plato

El cine

Soñar con los ojos abiertos  
El espectador  
¿Quién no se ha enamorado en el cine?  
Berlangua

La fotografía

La fotografía determinante: Potax  
Galerías Layetanas, 1955. Eduardo Cirlot  
Ramón Dimas  
Una fotografía irrepetible en los Encants

Karin. Una carta trascendente  
Leopoldo Rodés y cómo creció Studio Pomés  
Margit Kocsis: una aparición  
Rodaje en Venecia (y primer cólico nefrítico)  
Más de Margit  
Nico  
*Matador*

Comer es una fiesta. Experiencias gastronómicas  
La vocación, las vocaciones  
Alain Chapel  
El señor Paco. El 7 Portes  
Aperitivos memorables  
Primer cóctel  
El verano  
El tío Juan y la tía Paca  
Dolor y placer  
Tendencias e influencias gastronómicas  
Alfonso Milá  
Influencias decisivas  
Creaciones culinarias ilustradas  
Las personas y los escenarios

## Segundo plato

Freixenet  
Agentes y artistas  
Pareja imposible  
Los artistas  
Alejandro Sanz  
Gabino Diego. Demi Moore  
La señora Caballé  
Estrella Morente  
Pierce Brosnan  
Pilar López de Ayala  
Gene Kelly  
Gwyneth Paltrow

Los clientes

Barcelona, protagonista

Trabajos estimulantes con Víctor Sagi

Ceremonia del Campeonato Mundial de Fútbol 1982  
en Barcelona

La candidatura de los Juegos Olímpicos de Barcelo-  
na 1992

El papel fundamental de Leopoldo Rodés

Postres

Las mujeres

La culturista

Escultura blanca y la poesía

*Vidre de nit* o poemas de ausencia

Tery y «la operación zanahoria»

Viaje a Italia. Lydia

Isabel Cordero

«Primera Comunió» en la Fundació Miró

Maquillaje incompleto

Jill Carter

Patatas fritas (1970)

Paralelismo Chaplin-Pomás

Los irrepetibles

Doctor José María Jaén. Una mirada que vive

Suri

Federico Correa

Oscar Tusquets

Xavier Valls

Tres encuentros con Alberto Closas

María Bofill

Johan Cruyff

Alexandre Cirici Pellicer

El *living* de Balmes

Más amigos

Una isla en la sociedad barcelonesa

Cincuenta años después

Café, copa y *petits fours*...

Momentos surrealistas

Bar A Lo Loco

Picasso. Conocer a un famoso

Entrecots de kilo

Cólicos hepáticos y Aston Martin

Hedonismo

Currículum profesional de Leopoldo Pomés

Láminas

Notas

Créditos

## Sinopsis

A lo largo de su esplendorosa carrera, el fotógrafo Leopoldo Pomés, flamante Premio Nacional de Fotografía, ha conocido a decenas de personalidades del mundo entero y ha vivido con ellos anécdotas sustanciosas que ahora explica con buena memoria y mucha gracia. En estas páginas vividas, Pomés desvela con una sonrisa irónica y con sinceridad y desenvoltura sus vivencias en la Barcelona de los años sesenta hasta los noventa. Más allá de este elenco anecdótico, Pomés se adentra en las vivencias más trascendentes de su infancia y adolescencia. Describe con una luminosidad sorprendente el descubrimiento del sexo y habla de las mujeres de su vida.

LEOPOLDO POMÉS  
NO ERA PECADO  
Experiencias de una mirada

Traducción del catalán de Lídia Penelo



Con agradecimiento a todas las personas  
que pasean por estas páginas, y también  
a todas las que no salen, pero están

# Entremeses

## La oscuridad, la luz y la carne

### Soldados italianos

Hacia el final de la Guerra Civil, los soldados italianos entraron en Vilassar de Mar ejerciendo el papel de «libertadores» y, además, tenían un aspecto que podía parecer muy simpático. El primer recuerdo de esta supuesta virtud que les habían otorgado los vecinos, más por el cansancio y el dolor de tres años de guerra que porque fuera cierto, fue un delicioso pastelito de crema que repartían en la puerta del cine del pueblo. Me acompañó la abuela y éste es el único recuerdo que conservo de ella. Estuvo muy bien. Al día siguiente, aquellos soldados se instalaron cerca de casa con una olla inmensa llena de rancho y se pusieron a repartir macarrones para la gente del pueblo. Acudí con una cazuelita que me dio la abuela y, con poco más de siete años, viví mi primer fracaso. Cuando fue mi turno, con cara triste le dije al soldado que me había llenado media cazuelita:

—Por favor, ¿me puede poner más, que tengo a mi padre enfermo?

No me hizo ningún caso y, con gesto autoritario, me despachó.

Gracias a este fracaso, al día siguiente hice la primera

actuación de mi vida. Cambiando de táctica, muté la expresión de niño triste por una de glotón divertido, y poniendo los ojos casi en blanco, le dije al soldado:

—Llénemelo al máximo, por favor, ¡son tan buenos!

Y aquí triunfé porque el buen italiano, divertido, me llenó toda la cazuelita de macarrones.

No sé si esta anécdota ha sido decisiva en mi vida gastronómica pero me parece que sí lo ha sido en mi vertiente de publicista. El caso es que desde siempre he tenido una manera de vivir todo lo relacionado con la comida bastante especial, incluso diría que mi manera es bastante contagiosa. Recuerdo a un tío de mi madre que una vez, en Semana Santa, después de comer juntos, me dijo:

—Si un día te quedas sin trabajo, recuerda que yo pagaría por comer en tu mesa.

Lo dijo después de haberme visto disfrutar con la comida.

En el colegio, donde me quedaba a media pensión, para el almuerzo daban a menudo *corned beef*, una carne en conserva que parece que venía de América del Sur. Compartía mesa con tres compañeros. A ninguno de ellos les gustaba ese plato, pero a mí sí, y mucho, y lo exteriorizaba sinceramente. Ponía tan buena cara que cuando me volvía a tocar me servían una ración triple.

## El frío de un tiro en la espalda

El segundo verano de la guerra, los tíos ricos de mi madre, Juan y Mercedes, convencieron a mis padres para que fuéramos a vivir a Vilassar de Mar. Nos alquilaron una casa junto a la suya, con el argumento de que allí estaríamos tranquilos, sin bombardeos, y que la familia estaba para ayudar. El abuelo ya no vivía y mi tía Rosita, que siempre fue muy ella, prefirió quedarse en Barcelona.

De aquella larga estancia conservo recuerdos muy diferentes: sol y playas, el jardín de los tíos, forrado de cantos rodados, y las tertulias con mis padres, tan risueños. Empezaba a pasármelo bien con el mundo de las personas mayores. Pero un día se produjo un cambio dramático: llegó un automóvil gris con tres policías de paisano, detuvieron a mi padre y se lo llevaron. Mi madre cayó enferma. Siempre había estado delicada del hígado, y recuerdo que acostumbraba seguir un régimen muy severo, sin fritos, ni pasteles, ni huevos... Nada de grasa.

Tras la detención de mi padre, mi madre empeoró y no se movió de la cama. De mi padre solo teníamos noticias muy de vez en cuando, noticias que nos llegaban indefectiblemente a través de la tía, que era, desde siempre, la más decidida y valiente de la familia. Una vez por semana le visitaba en las diferentes prisiones donde lo iban confinando, y tenía que hacer largas caminatas por una Barcelona donde llovían bombas cada vez más a menudo.

Recién terminada la guerra, mi padre fue liberado y vino a Vilassar con un sorprendente buen humor, que nunca sabremos si lo forzaba para nosotros. Nos contaba las experiencias que había vivido, sin dramatizar, nos daba detalles de peripecias y vivencias, y en todo lo que explicaba se

percibía, como un hilo invisible, una voluntad firme de no dejarse torcer, ni en la peor de las circunstancias. Su actitud me impresionó, especialmente cuando recordaba cómo cada día se hacía la cama con un diario que extendía en el suelo como sábana. Por la mañana doblaba el periódico y por la noche lo volvía a tender en el suelo. Yo alucinaba. El motivo de su encarcelamiento no quedó nunca muy claro, pero fue, probablemente, porque su nombre aparecía en unos papeles de un comerciante de la Lonja que era colaboracionista, o que debía de estar en el entramado de lo que entonces se llamaba la Quinta Columna. La liberación de mi padre se produjo en la calle San Elías, donde había una de las checas más famosas. Liberaban a los presos por grupos y la cosa fue muy lenta. Cuando le tocó el turno a mi padre, sentía un frío en la espalda como si nos tuvieran que disparar un tiro.

## El rey del Poblenou

Mi padre, Leopoldo Pomés Pascual, era proveedor de azafranes y materias primas para la alimentación. Tenía muchos clientes y algunos eran muy conocidos, como la Nestlé. Empezó de ayudante de un tío suyo que tenía un negocio de cereales, pero en lugar de establecerse en una fábrica, se puso de agente comercial y buscaba materia prima para los clientes; tenía tan buen gusto que se fiaban de él y le decían: «Tú mismo».

Había nacido en el barrio barcelonés del Poblenou. No es que fuera guapo, pero era muy atractivo y muy simpático, y nunca de manera impostada. También era muy detallista, muy atento y apaciguador: si dos amigos discutían, procuraba, dando la razón a quien la tuviera, no hacer tan fuerte la culpa del otro. Siempre era así, por eso era tan apreciado como amigo. Quizás por esta actitud, cuando había alguna fiesta en el Poblenou, muchas chicas, cuando se las invitaba decían «Si Poldo no viene, no voy». O así me lo contó Marquet, el barbero que venía a casa, mientras me cortaba el pelo:

—¡Uy, tu padre! Tu padre era el rey del Poblenou. El día antes de casarse, aún se hacían apuestas de si subiría al altar o no.

Mi padre se cultivó a sí mismo. Su padre, nacido en Reus, trabajaba en una fábrica de vidrio como soplete, que es un trabajo duro pero bien pagado. Vivían en el Poblenou. Mi abuelo se quedó viudo y solo con dos hijos pequeños. Sin saber qué hacer con dos criaturas, envió a mi padre a un internado de curas, cerca de Reus. Y de Paquita, la hermana de mi padre, se ocupó una tía que vivía en Sevilla y no solo se crio allí, sino que se quedó siempre en aquella